

Mi primer contacto: la baraja

Todavía era niño, muy, muy niño;
todavía las letras no sabía;
muchos libros en casa yo veía,
de mano en mano iban con cariño.

Los libros hojear no me dejaban,
páginas ojeaba si podía,
y quien leía me lo permitía;
a veces los grabados me enseñaban.

Tras la cena la mesa recogía
mi madre, y mi papá un libro buscaba,
lo miraba, sus ojos paseaba,
deambulando encima se esparcía.

Mi madre de fregar ya terminado
se acomodaba al lado de su esposo
escuchando un relato fabuloso
que yo también oía entusiasmado;

ya cansado y dormido, cabezadas
dando a la cama me llevaba madre;
yo soñando, de labios de mi padre,
vivía las hazañas inventadas

que forjaba mi mente juvenil.
Aún recuerdo algún hecho meritorio
que mi mente conserva en envoltorio:
regalo alegre de época infantil.

Cuántas las avecillas que a mi mano
hambrientas por comer veloz venían,
gruesos granos sus picos escogían
de un arroz generoso y valenciano.

Cuántas, cuántas corridas y caídas
por alimaña o fiera perseguido,
siempre en la sábana mi pie prendido.
Siempre difícil fue la apurada huída.

En las monótonas y largas tardes
de los días lluviosos del invierno
do los segundos son espacio eterno,
y enervan y enfurecen sus alardes,

sobre mí se abatía la desgana.
Por distracción me daban la baraja
de calidad usada y más bien baja;
por los años cumplidos era anciana.

¡Qué ilusión despertaban las figuras!
Con qué furor blandía las espadas,
con qué orgullo, las copas levantadas,
mis glorias celebraba ya seguras.

La lluvia no armoniza con el oro;
buscaba entre los soles la llorona:
regarás con tus lágrimas la zona,
convertirás los leños en tesoro.

Con personajes de vestidos raros,
opulencia de antiguas amazonas
enarbolando todas sus tizonas,
me enfrento yo sin armas ni “labaros.”

A los reyes conquisto sus coronas,
con caballeros gano las batallas,
usurpo a los alfiles sus medallas,
las camareras pasan a fregonas.

Este mi primer libro abre mi mente,
descubre mi invención: todo imagino.
Mil experiencias junto y aglutino,
a mis sentidos sirven de aliciente.

Mi primer catón: rompecabezas.

Los Reyes. ¡Qué bonito día llega!
Buen dormir siempre tuve. En esta noche
mi mente trabajó en pleno derroche.
Eufórico despierto. ¡Está la entrega!

Explicar qué sentir pude de niño,
un no recuerdo es mi mejor escudo.
Os diré que a los Reyes un saludo
envié lo primero, con cariño.

De papel una caja con vocales,
en otra caja vienen consonantes.
Jamás vi tantas letras juntas antes;
seis letras/cubo tridimensionales.

Era día de Reyes. Satisfecho
y agradecido vi cuantos regalos
habíanme traído, incluso malos;
quedó todo paquete mal deshecho.

Aprendí las vocales lo primero.
Consonantes se traban, me atragantan,
¡Qué difíciles son! Me soliviantan.
Sin embargo aprender a leer quiero.

Cada noche en mi casa leer veo.
A medio abrir los libros solo tienen,
paseando los ojos se entretienen.
Los acecho. Sonríen. Eso creo.

Cuando me miran vuelvo a mis palotes;
cuando leen, retorno y los acecho.
Si nuevamente miran, miro al techo.
Mi hermana la mayor me anuncia azotes...

¡Qué difícil!, ¡qué lucha, aprender letras!
¡Qué placer!, ¡qué delicia unir y ver
letras juntas dan algo que entender!:
la idea que en mi espíritu penetra.

Mi primera lectura: un TBO

Ver me encantaba aquellas lindas fotos.
Con sus cuadros la historia imaginaba;
leyendo pronto supe quien hablaba,
transmitía sus juergas y alborotos.

Cuando de tiempo libre disponía
me aprestaba a tomar yo mis tebeos.
¡Qué felices pasaban mis recreos!
¡Qué breve y corto el tiempo se me hacía!

Sin poderlo evitar mi risotada
a veces se escapaba alta y ruidosa.
Mi hermana intervenía fastidiosa:
“El tonto ríe siempre a carcajada.”

A veces atisbaba los estantes:
ver tanto libro junto me cautiva.
Curioseaba desde abajo arriba:
ahí están todos juntos, colindantes.

Por las noches escucho las lecturas
del libro que mi padre lee en alto.
Si estoy medio dormido, atento a falto,
voces oigo del libro sin censuras,

conmigo vienen, me acompañan, velan,
mi dormir sus murmullos suave acunan,
mis sueños embellecen, los adunan,
mis sentidos despiertan, de paz rielan.

Ensimismado un día el anaquel
con un montón de libros observaba;
con mi oreja en los lomos escuchaba
sibilinas historias de Babel.

Mi primer libro: ¿¿--??

Me acarició mi padre hombro y cuello,
tomó un libro y me dijo: “éste es de niño.
Hijo, toma. Lo lees con cariño.”
“Gracias, papá”, exclamé. El libro era bello.

¡Un libro, qué alegría! Escuchar puedo
mudas voces que me hablan, que me cuentan,
que narran, que me dicen, que se inventan,
que guardan los secretos de su credo.

Corrí a mi habitación emocionado.
Deseaba oír el grito que, conmigo
en un libro callado por castigo,
desde hace tiempo yace condenado.

El tranco de su cárcel descerrajo.
Locuaz y parlanchín de hablar no para,
su pronunciación veo, y oigo clara
su voz cordial, mimosa y tono bajo.

De hallar ganas tenía a algún amigo.
Preciosas las historias que me narra,
mi atención y amistad fuertes amarra;
sin fingir, su cariño hora mendigo.

Alto mi nombre suena. Voy veloz.
En la cama lo poso con ternura;
regreso en cuanto puedo con premura,
¡qué alegría refléjase en su voz!

Por las noches, empero, tras la cena
escuchar la lectura yo prefiero.
A la cama me llevan, mi ojo huero.
Paciente espera el libro en la alacena.

Me levanto. Sigue ahí. No le hago caso.
A la escuela debo ir, no me entretengo.
Lecciones y tareas, labor tengo.
El libro espera, he tiempo libre escaso.

Historias en secreto sagaz guarda,
inventos y noticias almacena;
todos expone pródigo y sin pena
cuando en sus letras alguien se resguarda.

Cada vez que abro un libro, ¡qué alegría!
Mi aburrimiento esparce prestamente,
su diversión ofrece pródigamente
mañana, tarde y noche, día a día.

Malos ratos pasados están idos,
las letras aprendidas siguen vivas,
las páginas escritas son mis divas,
los libros y yo somos conocidos.

Desde la infancia hicimos amistad,
mi cariño medró hacia un amigo,
de alegrías y penas es testigo,
honesto siempre ofrece lealtad.